

LOS PROCESOS DE LA ADOLESCENCIA EN LAS FAMILIAS CONTEMPORANEAS

Dina Krauskopf¹

Introducción

Las primeras experiencias de relación con el mundo se dan en el interior del grupo familiar .La familia conserva su función formadora enlazada con el afecto y la intimidad, cuya calidad impacta la condición fundacional con que los seres humanos se desarrollan y hacen su entrada en la vida social

Aun cuando la socialización familiar no puede preveer ni determinar el destino de las nuevas generaciones ,la familia es la encargada social de la integración personal y colectiva al procurar que coincidan la identidad social con la definición adolescente de las relaciones con el mundo. La adolescencia es la etapa en que con mayor intensidad son cruciales las interacciones entre los recursos personales y grupales con las opciones y características del entorno (Krauskopf, 1994).

Los diferentes grupos sociales y económicos impulsan la construcción de la adolescencia con características diversas. Es necesario considerar las dimensiones culturales y económicas que diferencian las estructuras familiares y su relación con las posibilidades de desarrollo adolescente.

Las aceleraciones y desaceleraciones que se dan en la fase juvenil varían en cada individuo de acuerdo a su sexo, a las diferentes culturas a que pertenece, a los desarrollos heterogéneos de sus sociedades y las subetapas cronológicas que atraviesa.

La familia no es una unidad estática .A lo largo de los años existe un ciclo de la vida familiar , los roles de sus miembros varían en sus diferentes momentos etarios ,la llegada y partida de los hijos ,las modificaciones socioeconómicas ,los eventos específicos que afectan a uno o mas miembros .Además ,los cambios sociales ,cada vez

¹ Psicóloga Clínica ,Consultora Internacional en Juventud
Profesora Emérita de la Universidad de Costa Rica E mail:dinakr@racsa.co.cr

mas acelerados , imprimen sus rasgos en las características familiares.

Montenegro (1997) plantea que la familia ha dejado de ser una institución pública para funcionar casi exclusivamente como una institución privada. Hay un debilitamiento tanto de su función reproductiva como productiva . El valor cultural de las familias ha disminuido y el prestigio de las personas se conforma cada vez más por lo que ocurre fuera del hogar.

Sin embargo ,persiste la mantención de la representacion estática de familia ideal ,imaginario mítico frente al cual algunos afirman que la familia está desapareciendo .Esta familia mítica es vista como inmutable tanto en su estructura como en sus roles y la imagen pública debe asemejarse lo mas posible al modelo social del imaginario colectivo. La falta de coincidencia con un modelo mítico no debe llevar a la conclusión que la familia está desapareciendo. A lo largo de la historia de la humanidad han existido muchas y diversas estructuras de familia.

1. Los procesos de la adolescencia en las familias

Puede decirse que la adolescencia no es solo una etapa personal, sino un conjunto de procesos vividos por las familias que cuentan con personas en este período etario. La entrada de los hijos e hijas a la adolescencia introduce cambios en las relaciones familiares que generan tensión en las figuras parentales, pues impactan las normas de crianza, proponen valores y confrontan la relación de la pareja conyugal.

La pubertad da paso a un segundo nacimiento que presenta en las familias, características muy distintas del primero. El nacimiento del bebé integra su presencia al grupo familiar. En las personas adolescentes el proceso es a la inversa: buscan espacios para la individualización que conllevan cierta separación de la familia para incorporarse a la sociedad más amplia. En esta fase los y las adolescentes deben confrontar su pasado y su futuro, asumir los cambios biológicos que llevan a asumir un nuevo rol social. Se hace necesario dejar atrás modalidades de ajuste, y responder al impulso de aumentar las identificaciones que configurarán su personalidad adulta.

Al iniciarse la pubertad, la emergencia de la maduración sexual y la adquisición de más herramientas cognitivas, estimulan la urgencia de diferenciación del sistema familiar de origen, a través del proceso

de individualización y separación. Se evidencian también, los dinamismos y valores que, en relación a la sexualidad y los roles, manejan los miembros del grupo familiar y su confrontación con el contexto cultural y social. La sexualidad adolescente está asociada a la elaboración de la identidad, al sentido de vida y sus proyecciones, a la exploración y la ampliación del mundo externo a la familia.

El amor se dirige hacia afuera, con la consecuente modificación de los patrones familiares y brinda a las personas la oportunidad de obtener nuevas experiencias y aprendizajes basados en diversos patrones de la interacción social. Así, las relaciones amorosas no son sólo vinculaciones de pareja, sino también importantes formas de expansión y enriquecimiento del Yo (Allport, 1968). Esta situación se hace actualmente más compleja con la postergación del matrimonio que ha llevado a modificaciones en las relaciones de pareja y amistad.

Las familias son unidades socioafectivas y funcionan como sistemas que se expresan en estructuras interdependientes. Las necesidades de la familia se sostienen centradas en la mantención de la homeostasis que apoya la identidad del grupo (Bowen, 1991) la que se ve afectada por los procesos propios de la elaboración de la fase juvenil. Existen funciones que se manifiestan en mitos y estrategias que defienden la unidad familiar y que se agudizan al enfrentar la demanda de una adecuación dinámica ante el segundo nacimiento que implica la adolescencia de los hijos .

La ideología, las reglas y los roles asignados cumplen un importante papel en el equilibrio familiar. Esto se contrapone a las necesidades adolescentes de ampliar su campo de experiencias y reelaborar la socialización recibida sobre la base de premisas familiares para poder incorporarse al mundo social actual (Erdheim, 1992). Se produce así la tensión intrafamiliar específica que caracteriza el proceso adolescente y demanda una reformulación de las expectativas y roles dentro de la familia y hacia la sociedad.

Los cambios sociales tienen un fuerte impacto en el funcionamiento de las familias y en las características psicosociales del desarrollo adolescente. La diferencia entre lo que el individuo proyecta para su vida y los proyectos que para él forjó su familia original, pueden ser considerados como indicadores de la velocidad de cambio en la sociedad. Por ello mientras más rápido cambia una cultura, más larga será la adolescencia de sus miembros y viceversa (op.cit. 1992).

El desarrollo de la propia identidad y el logro de la autonomía deben alcanzarse a través de la diferenciación juvenil de la familia, resolviendo apropiadamente las necesidades de vínculo, relación, pertenencia y el trayecto de la inserción social. Los y las adolescentes necesitan pasar del status dependiente de la familia a un status primario en la sociedad (Ausubel, 1954). Esto es, su estima, competencias y roles se deben sustentar más en sus logros personales que aquellos provenientes de su grupo familiar. Por ello, los grupos de pares se constituyen en un espacio de transición importante para la satisfacción de necesidades emocionales, la experimentación, el desarrollo y el reconocimiento de las nuevas capacidades.

2. Variaciones en la estructura familiar

La gran variabilidad existente de patrones familiares favorece la anomia en cuanto a los roles y relaciones al interior de la familia y su papel en el contexto social. Así se dificulta el reconocimiento y fomento de sus funciones básicas, acompañado de mistificaciones de acuerdo a un imaginario colectivo que sostiene un modelo de familia, preferentemente nuclear (Krauskopf, 1995). Las familias que ponen los mayores esfuerzos de su equilibrio en semejar públicamente y en ocasiones al interior del hogar, al modelo mítico, el imaginario de la perfecta familia enfrentan tensiones que llevan a ocultamientos, demandas no realistas de comportamiento que pueden llevar a incongruencias en el proceso de socialización y vulnerabilidad en la estima social.

En la actualidad las familias están modificando su forma y tamaño, por lo que existe una gran diversidad. Tradicionalmente la estructura nuclear ha estado asociada a los patrones patriarcales, lo que se traduce en la representación del varón orientado a la vida pública, productiva y de la mujer dedicada al afecto y el cuidado del hogar. Estas funciones han variado, acompañadas de un replanteamiento de los derechos y cambios en los roles, particularmente de la mujer. Nuevas formas de recomposición de las familias y familias monoparentales emergen después de los divorcios y las separaciones. Son frecuentes las modalidades de familias extensas para responder a la pobreza.

La pobreza acentúa las responsabilidades de las mujeres en sus hogares y se ha observado que desde antes de la adolescencia las pequeñas mujeres hacen el papel de "madre-niña", tomando a su cargo

labores domésticas y el cuidado de sus hermanitos. Posteriormente, su embarazo en la adolescencia, especialmente en su condición de mujer soltera, la devuelve al mismo hogar en el papel de "hija-madre". En estos casos la maternidad se inicia antes de tener los propios hijos.

Las familias constituyen espacios pequeños en los que deben hacerse muchos ajustes y sufren crisis cuando alguien entra o sale del sistema. En los grupos familiares reconstituidos por nuevas uniones de pareja no existe claridad acerca de cómo articular los nuevos roles para los hijos. Los niños y niñas sufren el duelo por el padre biológico con el que no siguen conviviendo y a menudo están afectados por las circunstancias que llevaron a la pérdida o ruptura. Existe poco reconocimiento de que, a la vez que se introducen los nuevos miembros de la familia, se hace necesario elaborar las situaciones derivadas de las separaciones, muertes o divorcios (Arce, 1994).

Entre las características diferentes a la familia originada en una primera unión, está el hecho que ambos miembros de la pareja no han desarrollado el vínculo con los hijos de la pareja anterior. Las soluciones aparecen cuando, en lugar de forzar convencionalmente los roles, estos se estructuran en torno al respeto de los espacios y modos de convivencia posibles, lo que requiere un prudente nivel de relaciones que pueda promover un proceso de vinculación enriquecedora.

Es necesario un alto nivel de tolerancia a las divergencias debido a las historias previas, patrones y tradiciones diferentes y la fase de valoración de las características de personas relacionadas con los nuevos constituyentes del hogar que también entran a interactuar (Arce, 1994).

Las situaciones que hemos analizado son críticas durante la adolescencia, pues en este período se requiere que los padres desarrollen un basamento de actitudes que se constituya en un firme trampolín. Ello permite a los adolescentes ir hacia la construcción de nuevas relaciones con el mundo que puede verse alterado por los ajustes requeridos en la reestructuración del grupo familiar.

3. Dimensiones culturales del funcionamiento familiar

Las transformaciones contemporáneas afectan la vida de los adultos, lo que a su vez modifica las relaciones de los adolescentes y jóvenes con ellos. La longitud de la esperanza de vida se ha hecho cada vez

mayor ,a la vez que los cambios son mas acelerados y extensos; por ello se viven nuevas circunstancias, aparecen insumos insospechados, se transforman las respuestas con el correr del tiempo. En consecuencia los ejes existenciales se readecúan permanentemente, aún en la edad adulta(Krauskopf,2003).

La modernidad se traduce en el replanteamiento de las relaciones con una orientación a la innovación y preparación para los desafíos actuales. El enfoque de género y el reconocimiento de los derechos de niños y adolescentes producen importantes transformaciones en el posicionamiento de hombres y mujeres en la familia así como replanteamientos en el sentido de la protección integral. Esta toma en cuenta el desarrollo de las capacidades de expresion, decision, participación y el interés superior del bienestar de los y las hijas. Todo ello introduce transiciones en los patrones familiares, los valores, mecanismos y metas que rigen las relaciones entre padres e hijos. Las tendencias se orientan hacia un orden diferente (o desorden) cultural y surgen nuevas tradiciones, a la vez que se mantienen antiguas formas de familia.

A continuacion en la Tabla No.1 proponemos la sistematización de algunas de las principales dimensiones identificadas.

Tabla No. 1

**VALORES Y PATRONES
FAMILIARES EN EL DESARROLLO ADOLESCENTE**

TRADICIONAL	MODERNO
Extenso	Nuclear, monoparental, reconstituído
Jerárquico	Asesor, guianza
Respeto a padres	Respeto entre padres e hijos
Relación padres-hijos no se modifica. Simbiosis	Fomento de individualización e independencia. Transformaciones en las relaciones en el tiempo.
Solidaridad e intercambio económico	Orientación al logro individual, colaboración intergeneracional
Ubicación externa del control y protección	Autocontrol y resiliencia
Matrimonio temprano	Matrimonio tardío
Roles de género patriarcales	Apertura en los roles de género
Alto valor a la fertilidad	Alto valor a la planificación de los hijos

Fuente: Krauskopf, D. (1998) Las Adolescentes: Nuevos enfoques y Perspectivas. Consejo de Integración Social. Unión Europea. Managua. Nicaragua.

En las familias tradicionales, predomina un estilo de vida orientado a las metas del colectivo familiar. Por lo tanto, el desarrollo de la identidad de los hijos tiene una fuerte predeterminación y no depende prioritariamente de las posibilidades de exploración y búsqueda de nuevas claves para la elaboración de opciones e

interacciones. Así las metas imponen un proyecto más familiar que individual, mayor énfasis en la lealtad, solidaridad y el intercambio económico que en los logros personales (Durston, 1995) .

Durante la adolescencia prevalece una diferenciación de valores para ambos sexos, con mayor libertad y afirmación sexual para los varones; énfasis en la reclusión doméstica para las mujeres. El control de las conductas es fuerte sobre las adolescentes, para las cuales el matrimonio temprano y una fecundidad altamente valorada son lo típico.

Los sistemas de autoridad suponen el respeto hacia los mayores y, en consecuencia, la mantención de las relaciones asimétricas entre padres e hijos prosigue en cualquier etapa de sus vidas. No se producen grandes discontinuidades en las relaciones entre padres e hijos cuando estos últimos contraen matrimonio.

Los hijos son una contribución a la economía del hogar y un apoyo para la vejez. Cuando la importancia del aporte del trabajo de los hijos e hijas es valorizado, su identidad, estima y capacidad de logro se fortalecen. En la medida que las familias tradicionales cuentan con numerosos miembros, las opciones de comunicación, apoyo y comprensión son mayores y más diversas.

En la familia nuclear o monoparental, las respuestas a las necesidades de los hijos se concentran en pocos miembros del hogar y demandan por lo tanto el desarrollo de mayores capacidades de respuestas para los pocos adultos a cargo, en circunstancias que también se les exige una gama muy variada de responsabilidades fuera del hogar.

Los patrones modernos aspiran al grupo nuclear y se orientan hacia el logro y la autonomía individual de cada miembro. En este modelo el subsistema parental se diferencia del subsistema de pareja, si bien pueden coincidir, cuando se trata de matrimonios que mantienen su primera unión y existen fuertes lazos afectivos y sociales entre los conyuges, además de las responsabilidades parentales. El subsistema de pareja enfrenta grandes desafíos para articular la integración personal con satisfactoria unión de pareja.

Un fenómeno cada vez más frecuente son las dificultades de interacción afectiva en el marco de la sobredemanda del trabajo para las figuras parentales y su búsqueda de gratificaciones personales. En familias con recursos económicos, los vacíos comunicativos pueden

pseudo-compensarse con prodigios tecnológicos que acentúan el aislamiento de sus miembros. La relación al interior de la familia, cuando logra un funcionamiento abierto, propende a un respeto mutuo entre padres e hijos. Esto involucra un mayor desarrollo de la autoridad capacitante, que se apoya en la compenetración y el diálogo.

La comunicación entre los padres y los hijos cambia de una interacción complementaria asimétrica a una concordante. La primera, es más propia de los patrones tradicionales y los padres ejercen su autoridad estricta sobre los hijos lo que influye en la toma de decisiones. En la segunda, se fomenta un locus de control interno que permite el autocuidado, aun en las mujeres. En este caso la comunicación procura concordar en directrices que incluyan los desarrollos adolescentes en la homeostasis familiar. Esta se sustenta en intercambios afectivos no condicionados, un replanteamiento de los roles de género y en un tejido social más abierto y poroso.

Dado que las metas de la familia moderna para el hijo o la hija adolescente son de desarrollo personal, se espera que el matrimonio sea tardío y la fecundidad comienza a relativizarse en relación a la obtención de logros de otro tipo. Por otro lado, el respeto y autoridad adscritos a los mayores, excluyen que se conciba la aceptación del acontecer sexual o se analice de modo abierto. Cabe señalar que en las familias latinoamericanas no es frecuente una comunicación fluida en torno a la sexualidad y las relaciones sexuales entre jóvenes se enmarcan en un predominio de los valores tradicionales o la anomia derivada de las contradicciones existentes.

Los patrones identificados no son modelos absolutos. Al contrario, se trata de modelos en transición. Se presentan con grados diversos en las familias. Entre otros factores, influyen los cambios sociales, las migraciones, las modificaciones en su inserción laboral, los niveles de educación, el impacto de los medios de comunicación masiva y las nuevas alternativas de consumo. Se estructura, entonces, un conjunto de relaciones interpersonales y metas que provienen tanto de las raíces tradicionales como de las influencias de las condiciones modernas para el funcionamiento psicosocial.

En esta transición, el locus de control externo ya no tiene efectividad suficiente. La familia deja de ser un espacio excluyente de otros agentes de socialización, no hay recursos tradicionales para sostener las garantías de autoridad y control y nuevas gratificaciones irrumpen en las metas juveniles. Las complejidades

presentes no permiten que los padres brinden de forma exclusiva la protección total a los y las hijas.

La protección de los y las jóvenes es fuente de las mayores angustias y conflictos durante la adolescencia. Un aspecto clave es el reconocimiento de que la protección basada en controles que no están también en las manos de los y las adolescentes (locus de control externo) no brinda garantías suficientes. Se hace evidente que deben desarrollarse mecanismos de autoprotección y capacidad de reconocimiento de las consecuencias de las acciones (locus de control interno). La estrategia no es, por lo tanto, concentrarse exclusivamente en evitar el riesgo adolescente, sino fomentar la autonomía y la resiliencia, capacidad identificada por Rutter (1992). Se trata de actitudes que emergen con la exposición gradual a la adversidad, lo que permite enfrentarla adecuadamente al valorar mejor los riesgos y fortalecer el desarrollo.

Un problema importante en las familias transicionales es que habitualmente las relaciones vividas por los adultos durante el propio desarrollo son el modelo conocido que no pueden aplicar a las nuevas experiencias. Se cae a menudo en los dobles mensajes: el discurso parental favorece explícitamente la independencia y la autonomía, pero en el plano de las actitudes y la toma de decisiones permanece orientado por el rol más tradicional que apoyó la propia formación. Al tratar de dar nuevas respuestas, es frecuente que se haga difícil diferenciar lo que es conceder autonomía y lo que es caer en la negligencia y la complacencia.

3. La modalidad de funcionamiento familiar como condición del desarrollo adolescente

Bowen (1991) destaca que, de acuerdo a las características de flexibilidad emocional y relacional, pueden distinguirse familias abiertas o cerradas. Esto tiene un peso fundamental en el desarrollo adolescente.

Las familias abiertas permiten el logro de una gradual y saludable diferencia entre los miembros desde la niñez. Esto se traduce en mejores condiciones para alcanzar una identidad integradora, salud mental y capacidad social. Los adolescentes tienen así, las mayores posibilidades de desarrollar un proceso bastante fluido durante la fase juvenil, sin presentar crisis ni perturbaciones constantes.

La adolescencia no es el equivalente de una crisis ni ello es lo típico de este período. De hecho, los estudios de Millstein et. al. (1993), demuestran que no presenta una proporción de patologías mayor que en otros segmentos de edad de la población. Frecuentemente son los problemas no resueltos al interior del grupo familiar, la dificultad para encontrar las actitudes requeridas en las nuevas interacciones lo que hace crisis durante la fase juvenil.

Las familias cerradas procuran mantener el apego² a través de la indiferenciación de la identidad familiar. Se espera que todo continúe lo más similar posible. La heterogeneidad en las conductas es sentida como amenaza al sistema familiar. Sin embargo, en la fase adolescente, la dependencia continua es intolerable.

Cuando a los padres les resulta amenazante y angustiosa la separación requerida por los y las adolescentes para la elaboración de la autonomía y la identidad pueden utilizar el recurso desesperado de la descalificación o dejarlos en una libertad desprotegida.

El deseo adolescente de independencia pone en peligro el antiguo equilibrio familiar y puede ser interpretado como abandono, disminución del afecto, cambio de valores, lo que suele llevar a los adultos a reaccionar por diferentes medios de protesta y presión hacia esa conducta. Las reacciones negativas a los hijos adolescentes parecen producirse cuando el desarrollo de la autonomía y la disminución de las necesidades de supervisión son sentidas por las figuras parentales como pérdida de la autoridad.

El apego incluye la sumisión a los patrones familiares hegemónicos, la mantención de las identificaciones con sus miembros en lugar de una elaboración de la identidad que incorpore y sintetice nuevas opciones descubiertas. A mayor apego, mayor conflictividad, aislamiento o ruptura al interior de la familia durante el período adolescente.

La intensidad del apego puede llevar a la simulación intensa de autonomía en la adolescencia (Bowen, 1991). Esta se reconoce en el voluntarismo, el oposicionismo permanente, la ausencia de atención a

² Se ha usado mucho la equivalencia del término apego al concepto de vínculo, tendencia con la que no concuerdo. Coincido con Bowen en que el apego en las relaciones de las familias conduce a una masa indiferenciada del yo fusionado. Esto se traduce muchas veces en el exilio de la familia como única forma (por demás ineficiente) del adolescente de no sentir su identidad y potencialidades reducidas en el apego. Considero que el vínculo es la relación emocional y afectiva profunda, confiable y persistente, aun cuando las personas se diferencian. No presenta una demanda de lealtad al yo familiar indiferenciado, fusionado.

las consecuencias, la falta de reconocimiento de la infraestructura que se demanda para las acciones de tinte independiente. Tal comportamiento es indicador de conexiones emocionales no resueltas y las manifestaciones de apego reaparecen fácilmente.

Los y las adolescentes que pertenecen a familias abiertas han tenido un adecuado proceso de diferenciación y no demandan autorización para su independencia; la construyen y son capaces de atravesar por una fase transitoria de desaprobación parental propia del duelo; soportan las aprehensiones de los adultos respecto al resultado de las nuevas acciones. Actúan con sentimientos de confianza en la comunicación y el vínculo familiar y en la capacidad personal de sostener las iniciativas y asumir las consecuencias.

En cambio, los adolescentes que no han logrado el necesario despegue de la relación simbiótica se expresan de modo opositor. En otros casos, esperan la aprobación parental para la independencia de modo pasivo o agresivo, se sienten traidores a la lealtad familiar cuando asumen los cambios requeridos o están atrapados en la identidad adscrita, predeterminada y en la rígida homeostasis familiar.

En la Tabla No. 2 sintetizamos dinamismos esperados en el desarrollo adolescente de acuerdo al tipo de familia.

Tabla No. 2

EL PROCESO ADOLESCENTE DE ACUERDO AL FUNCIONAMIENTO FAMILIAR

Familia abierta

Familia cerrada (adultocéntrica)

Alcanza una diferenciación gradual y saludable	Mantiene una dependencia sentida como intolerable
Busca una independencia responsable	Niega el apego a través de la simulación de una autonomía exagerada
No demanda autorización para la independencia	Solicita la autorización de modo sumiso, agresivo o solapado
Pasa por una etapa transitoria de desaprobación con sentimientos de confianza	Se siente atrapado en el self familiar o traidor/víctima si se aleja
Confía en el vínculo y el apoyo como trampolín hacia el cambio	No confía en el vínculo. Siente que el apoyo es condicionado y se quiebra al no cumplir las premisas
La privacidad y autonomía no son percibidas como opuestas a la intimidad y disfrute intergeneracional	La solución al apego es la ruptura, bloqueo intergeneracional, sometimiento o aislamiento

Fuente: Krauskopf, D. (1998) Las Adolescentes: Nuevos enfoques y Perspectivas. Consejo de Integración Social. Unión Europea. Managua. Nicaragua.

4. Efectos generacionales de los cambios sociales

Las generaciones mayores, no están recibiendo los impactos de la globalización y modernización de la misma forma, ni están visualizando el futuro del mismo modo que la juventud. Las generaciones jóvenes presentan capacidades tecnológicas y facilidades para manejar nuevos conocimientos, con lo cual se cambia el enfoque tradicional, donde la experiencia de las personas de mas edad era la

garantía del manejo de los mayores conocimientos. Las culturas juveniles parecen acomodarse e interpretar el mundo contemporáneo con mayor facilidad que los adultos socializados por el discurso lineal y continuo.

La familia se ha modificado: deja de tener un único proveedor y deja de ser la fuente cerrada de socialización y protección. Aún cuando no lo manifiesten explícitamente, las generaciones menores son cada vez más perceptivas a las confusiones, inseguridades y contradicciones que los adultos experimentan.³

La transformación del período adulto ha llevado a que los mayores oculten menos, o destaquen en exceso, lo que consideran los costos de la adultez. Incluso es fuerte la tendencia a la juvenilización adulta. De esta forma los adultos reafirman su capacidad de mantenerse vigentes, flexibles y abiertos a las transformaciones del mundo contemporáneo, signando sus identidades con la marca de la juventud. Incluso el mercado interviene facilitando la adquisición de estos signos y las técnicas facilitan el reciclaje del cuerpo (Margulis et.al,1996).

La juvenilización se ha producido al considerar a la juventud como un signo independiente de la edad. Esto ha permitido que se desplieguen procesos de identificación adulta con los diversos modelos que de ser joven que la sociedad ofrece e impone. Sin embargo no es, necesariamente, una demostración de aceptación de las generaciones mayores hacia las juventudes. Los adultos tienden a destacar muy

³. Rodolfo (2000) señala que los adolescentes pueden experimentar una severa desilusión al ver a los padres abrumados por las tareas de la adultez. Como consecuencia suelen volverse muy inflexibles y no perdonarles que no sean 'grandes'. A la vez, pueden sentir una terrible angustia porque se sienten empujados a ese lugar de la adultez en que la grandeza no es posible y clavar los frenos para no llegar.

Estos casos de descontento con la vida no conducen necesariamente a que las generaciones menores se vayan de la casa. Aquellos jóvenes que se quedan, probablemente se sientan demasiado expuestos a mensajes contradictorios en el mundo al que deben adentrarse y buscan permanecer protegidos.

positivamente su espíritu joven, en tanto las juventudes propiamente tales, pueden ser vistas como una amenaza al bienestar social.

Puede decirse que se han sustituido las bases de la llamada lucha generacional, por las dificultades y diferencias existentes entre jóvenes y adultos para reconocer e instrumentar las metas del desarrollo psicosocial. El conflicto generacional ya no es la lucha por el poder de conducción adulto, sino que se debe a las diferencias en los códigos y metas de las generaciones (Krauskopf, 1994). La adultez, cada vez más, deja de ser un modelo predefinido que portan los adultos cercanos a los jóvenes.

El antagonismo entre aspectos de la cultura actual y los patrones familiares establecidos, lleva a las dificultades intergeneracionales no solo entre padres e hijos, sino también entre estos padres y sus propios padres.

El adultismo proviene de las tradiciones patriarcales y su enfrentamiento con los desafíos contemporáneos. Es la rigidización del poder adulto que se exagera ante la ineffectividad de los instrumentos psicosociales tradicionales para afirmar la autoridad y apoyarse en los recursos conocidos para brindar la protección y controlar a las personas menores.

El adultismo discrimina por edad a las personas que se encuentran en la adolescencia, no incorpora ni legitima sus perspectivas, descalifica o estigmatiza las manifestaciones que no coinciden con las expectativas de los interlocutores mayores.

Desde este enfoque los problemas adolescentes son priorizados por los adultos, no se establece un espacio de escucha y participación ni hay reconocimiento de la exigibilidad de sus derechos. Frecuentemente encubre el desconcierto adulto frente a las demandas formativas de la época actual.

En la dinámica social el adultismo se expresa con la invisibilización de los aportes juveniles, la carencia de empatía hacia la vida adolescente, la mantención de las posiciones tradicionales de género. En estas circunstancias los jóvenes pueden rehusar la lucha por el poder de conducción adulto y se producen bloqueos generacionales en lugar de los tradicionales conflictos (Krauskopf, 2003).

El reconocimiento peyorativo de las personas que atraviesan el período adolescente trae consecuencias riesgosas, pues, facilita la

construcción de la identidad negativa (Erikson, 1974). Al no considerarse el hecho fundamental de que la valoración social contribuye a la elaboración de la identidad y que es profunda la necesidad juvenil de ser reconocido como alguien, las respuestas juveniles pueden conducir a preferir ser alguien temido, detestado que ser nadie (Papanek, 1967). La insuficiencia de opciones de inserción satisfactoria, facilita la búsqueda de satisfacciones efímeras en el presente como fuente de gratificaciones sin interés claro en preservarse para un futuro que aparece desdibujado y falto de promesas tangibles.

5.Las relaciones capacitantes

Ya no se trata de una generación adulta con todas las soluciones versus una generación joven que hay que preparar y que es, mientras tanto, carente de derechos y conocimientos. Las dos generaciones enfrentan la incertidumbre del futuro, tienen experiencias y códigos diversos, que se constituyen en partes insustituibles del acertijo actual. Los y las jóvenes valoran y esperan de los adultos la apertura, la escucha y la asesoría.

Para promover los cambios a nivel interpersonal es necesario valorizar los factores de ansiedad adulta frente al comportamiento juvenil y entregar instrumentos capacitantes a adultos, agencias sociales y adolescentes que faciliten un replanteamiento más satisfactorio de sus relaciones. No ser dueños de la verdad, pero sí de opiniones honestas, concordantes con los papeles que juegan en la vida, compenetrarse de los problemas y recursos de sus hijos a través de buenas preguntas, comentarios y propuestas que lleven a los y las jóvenes a reflexionar y asumir, son actitudes que favorecerán más saludables relaciones, con las figuras parentales y otros adultos encargados de su atención.

En la tabla siguiente se señalan algunas actitudes que promueven el desarrollo adolescente:

Tabla 3

**RELACIONES FORMATIVAS
ADULTO-ADOLESCENTE**

- Asesoría y acompañamiento adulto para los y las adolescentes.
- Límites, aplicados de forma claramente constructiva no destruyen la valorización de la persona adolescente.
- Protección funcional para las necesidades y características del proceso adolescente en cada caso.
- * Regulación de los comportamientos con coherencia entre las expectativas, el monitoreo , el refuerzo, el estímulo y la conexión afectiva
- Diálogos respetuosos y sinceros con adolescentes y sus pares.
- * Fomento de la autoregulación adolescente
- Apoyo para desarrollar, cada vez más, la capacidad de planificación de sus acciones.
- Capacitación para el encuentro de sus propias soluciones.
- Ejercicio en la anticipación y responsabilización de las consecuencias de sus decisiones.
- Apoyo y reconocimiento en los proyectos de interés adolescente.
- Reconocimiento adulto de las disyuntivas e incertidumbres del mundo actual.

Basado en Krauskopf, D. (1998) " Las Adolescentes: Nuevos enfoques y Perspectivas". Consejo de Integración Social. Unión Europea. Managua. Nicaragua.

Las orientaciones de la fase juvenil ya no se dirigen nítidamente por objetivos preestablecidos, basados en las premisas familiares de claras opciones de inserción adulta. El presente se torna preeminente para darle sentido a la vida y en lugar de claros peldaños hacia la adultez, se deben desarrollar opciones formativas que incorporen la preparación para la incertidumbre del futuro. Favorecer un desarrollo adolescente acorde con las circunstancias que los y las jóvenes deben enfrentar modifica la protección asimétrica y enfatiza la

responsabilidad compartida, que reconoce la necesidad de una protección intergeneracional.

Hemos identificado estrategias familiares de defensa (buscan mantener un equilibrio prevalente en el sistema) y estrategias capacitantes (promotoras del desarrollo) del modo siguiente (Krauskopf, 1995) :

a) sobreprotección versus fomento de destrezas.

A través de la sobreprotección las figuras parentales privilegian mantener el control sobre las vidas de sus hijos , retienen el poder de los padres de la infancia ; eluden el duelo así como las ansiedades que elicitaba el desprendimiento requerido para la diferenciación y desarrollo juvenil.

El fomento de destrezas , por lo contrario, capacita a los hijos para la autonomía , la solución de problemas y la toma de decisiones sobre los riesgos y se da en una transformación del modelo de autoridad.

b) rigidez versus aceptación de alternativas , de redefiniciones y resignificaciones.

La rigidez está frecuentemente asociada a falta de asimilación de cambios culturales por los padres y, por lo tanto , a una carencia de perspectivas sobre los nuevos instrumentos que requiere el desarrollo personal moderno . En otras oportunidades se debe a inseguridades o trastornos de personalidad de algún o ambos miembros de la pareja parental, que son encubiertos bajo la apariencia de una ineludible defensa de sus modos tradicionales de interacción. Son las personas que afirman sus posiciones en convenciones sociales tan fuertes, que se sienten autorizadas para desconocer algunas necesidades sociales y personales de sus hijos o hijas, o de otros miembros de la familia (caerían en la categoría popular pintorescamente expresada en el concepto 'más papistas que el Papa')

La aceptación de alternativas implica un reconocimiento de las nuevas formas culturales , de la dificultad de los actuales adultos para imaginar el futuro que vivirán sus hijos, de la necesidad que estos puedan explorar y resintetizar sus experiencias de acuerdo a los signos que ellos van descubriendo en si mismos y el entorno para construir la orientación vital que requieren.

c) Permisividad versus flexibilidad cuidadosa

Una forma de rigidez, que se manifiesta por lo contrario del mecanismo anterior (y que psicoanalíticamente se puede clasificar como

una formación reactiva) es la total permisividad parental, que bordea la negligencia. De esta forma, bajo un aparente modernismo que libera del análisis de las disyuntivas que enfrentan los hijos e hijas, se elude la flexibilización responsable y cuidadosa que requieren los y las adolescentes para sentirse queridos, cuidados y comprendidos. Este fenómeno se encuentra cada vez más frecuentemente, dada la actual dificultad de los adultos para la conducción de sus propias vidas.

La adolescencia lleva a resignificaciones al interior del grupo familiar que requieren la capacidad empática de sus miembros para adecuar los roles con una cuidadosa flexibilidad. Se requiere poder captar las situaciones desde la realidad del otro, para así comprender sus necesidades y establecer un diálogo en el cual, aun cuando los códigos de adultos y jóvenes no sean los mismos, ambos sean auténticamente reconocidos y dialogados.

d) ruptura del vínculo versus acuerdos.

Estos mecanismos están muy relacionados con lo anterior. La ruptura es frecuentemente producto de la dificultad para entender las necesidades del otro desde nuevas perspectivas o de la incapacidad de brindar opciones aceptables de convivencia y un apoyo excesivo en la imposición. No es infrecuente que las fugas del hogar sean precedidas de discusiones familiares en las que se dan ultimatum expresados en un "si no le gusta se puede ir", y que, por supuesto, los padres no esperan que sean entendidos literalmente.

Los procesos para llegar a acuerdos implican el reconocimiento de las necesidades de todos, la capacidad de ceder en algunos aspectos y cuidar que nadie quede con todos los "triumfos" en la mano, mientras el otro queda en cero. Esto involucra el derecho a crecer para todos, y el desarrollo de una riqueza emocional que no fomenta el egocentrismo y poder triunfante en unos, a costa de la anulación de otros.

El respeto mutuo es fundamental. Cuando la exigencia de respeto es unilateral, el muchacho puede responder con la descalificación a la rigidez de los adultos, pues siente que todo se lo van a prohibir, por lo que ya no reflexiona: se orienta a hacer sólo lo que quiere o a una sumisión dolorosa. Estos padres interpretan el respeto al hijo como pérdida del propio autorrespeto y la comprensión de sus posiciones como la abdicación de sus convicciones. Algunos aprendieron a hacer equivalente respeto con temor, por lo tanto, si no sienten el temor hacia ellos, temen no ser respetados.

Por otro lado, para poder negociar, los hijos deben ganarse el respeto parental, lo cual implica para los y las adolescentes una búsqueda de congruencia y el análisis de consecuencias de las propias acciones para llegar al reconocimiento de dificultades, errores, confusiones, y alcanzar la confiabilidad. Los padres que no demandan esto, llegan a temer a sus hijos, se someten, se inhiben y no pueden proveer de la firmeza necesaria para la contención y el apoyo.

d) control versus asesoría, acompañamiento, monitoreo.

El control brinda una aparente gran seguridad al subsistema hegemónico en la familia, pero presenta problemas ya señalados, particularmente en la sobreprotección y la rigidez.

La situación de poder resulta ineficiente para el fomento de la autonomía. Si las figuras parentales se centran en el control, las decisiones y las responsabilidades ya no están en los hijos. Sólo serán 'culpables' por no haberse sometido al control y quizás les sean aplicados castigos desconectados de la situación (esto es no sufren o enfrentan las consecuencias de sus actos para repararlos o modificar conductas, sino que se les somete a frustraciones y controles más extremos), lo que no aporta al aprendizaje de solución de problemas y responsabilidad sobre las consecuencias, pero puede contribuir a la alteración emocional y actuaciones impulsivas.

La asesoría y el acompañamiento permiten una protección más funcional para las necesidades y características del proceso juvenil pues busca capacitarlo para el encuentro de sus propias soluciones y la anticipación de las consecuencias de sus decisiones. Ello contribuirá además, a desarrollar, cada vez más, la capacidad de planificación de sus acciones. Cuando la asesoría parental se acompaña de un monitoreo apropiado, logra contribuir a encauzar el desarrollo adolescente hacia sus logros más satisfactorios.

e) triangulación versus coaliciones generacionales.

En la triangulación los sistemas de la pareja rompen la horizontalidad adulta para incorporar a los hijos como parte activa de sus conflictos y necesidades, dispersando los elementos del conflicto originario de la pareja entre otros miembros, canalizando agresiones, presiones, estableciendo alianzas de una figura parental y uno o más hijos contra el otro padre o buscando que suplan las falencias de la pareja. En estos casos, incluso los miembros de la pareja pueden parentalizar a uno o todos los hijos, esto es, darles funciones que les corresponde a los padres. En la triangulación se

dan también los mensajes hacia un segundo miembro de la familia depositados en un tercero (dile tal cosa porque yo no puedo, me mata. Me hizo esto y te manda a decir aquello..). No son infrecuentes las situaciones en que utilizan a sus hijos como municiones para ganar combates entre las figuras parentales.

El desarrollo adolescente se ve favorecido cuando las comunicaciones entre los miembros son directas, se mantienen las coaliciones generacionales y la diferenciación de los roles y necesidades de padres e hijos en la solución de problemas.

f) sobreinvolucramiento versus respeto a los límites del espacio personal

El enmarañamiento de las situaciones refleja la dificultad de los miembros del grupo familiar para reconocer las necesidades de individuación y privacidad para cada uno de ellos. Esto puede ocurrir en el contexto de las familias tradicionales donde el desarrollo y mantenimiento del grupo es la prioridad y, por lo tanto, los desarrollos individuales deben adecuarse al cumplimiento de las metas del grupo.

En otras oportunidades, sin embargo, el sobreinvolucramiento no es expresión de metas solidarias, sino de invasión, apropiación identitaria, patologías subyacentes de personas que encuentran en el grupo familiar, visto como su nicho y su posesión, la forma de expresarse y compensarse, muchas veces a costa de la salud y bienestar de los miembros restantes.

g) aislamiento versus comunicación

Lleva a que los miembros de la familia tengan altas cuotas de soledad y semejen la constitución de un archipiélago. Es un fenómeno que se hace cada vez más frecuente. Los vacíos comunicativos suelen compensarse con la presencia de televisores en cada cuarto, además de otros prodigios tecnológicos, cuando la capacidad de consumo lo permite. Esto ha llevado incluso a que se culpe a la tecnología de los vacíos en la comunicación afectiva familiar, con lo que se confunde frecuentemente la apariencia con el proceso de fondo.

La posibilidad de contar fluidamente con la comunicación al interior de la familia no depende ni del tiempo que tengan las personas ni de la presencia de la tecnología dentro del hogar. Estos elementos pueden incorporarse a la vida conjunta en lugar de ser sustitutos. El apoyo en las metas de los miembros, el acompañamiento afectivo en los hitos de la vida de cada uno, la participación respetuosa en las

metas ,las conversaciones sobre la vida cotidiana ,la compenetración en los avances y los problemas ,constituyen el deleite y la intimidad ,tan necesarias en la calidad de vida.

6.Salud mental ,adolescencia y familia

La adecuación dinámica del sistema familiar implica la elaboración del duelo producido por la separación- individuación de los hijos adolescentes en medio de la preeminencia de expectativas y ansiedades originadas por la necesidad de que la familia permanezca unida(Aberastury,1971).Millstein et. al (1993) señalan que aproximadamente en el 15% de las familias, las relaciones entre los padres y los hijos adolescentes se ven severamente perturbadas.

Sin embargo, los adolescentes valorizan mucho a sus padres en este período de sus vidas. Inclusive sus valores básicos se mantienen muy similares a los familiares y las diferencias más notorias se dan en áreas propias de la cultura juvenil y en la experimentación con nuevas opciones de inserción y producción (Stevens-Long y Cobb, 1993) . Las vivencias de duelo,muchas veces oscurecen el panorama y no permiten identificar las fortalezas que surgen y aquellas que se refuerzan.

El período de mayores tensiones conflictivas se asocia al desarrollo puberal, alcanza una meseta en la adolescencia media y declina cuando los jóvenes adquieren plena autonomía. Dicho recorrido sugiere que la velocidad de los cambios puberales, la inminencia de la necesidad de nuevos comportamientos y las dificultades de expresión y comunicación adolescente sobre los sentimientos y búsquedas que se agolpan en ese período, contribuyen a agudizar las dificultades.

Las modificaciones corporales de la pubertad y las expectativas que conllevan, abren las puertas a procesos de duelo necesarios para el renacer de las nuevas formas de estar en el mundo. Para los adolescentes y las adolescentes el duelo es causado por la pérdida simbólica de los padres idealizados de su infancia, de la autoestima que de ellos provenía,de las certezas que la dependencia proveía .Hacer el duelo es parte de dejar espacio a nuevos descubrimientos y logros.

El duelo se da en los padres porque se hace inefectivo el tipo de autoridad y el poder de protección que tenían frente al hijo o hija en la niñez. Experimentan la diferenciación adolescente respecto de las normas y expectativas familiares como un alejamiento y ven surgir

una persona distinta a la imaginada cuando fantaseaban el crecimiento del hijo. Así se produce el duelo por el hijo que fantasearon que llegarían a tener y por la pérdida del rol gratificante y menos cuestionado de ser padres de la infancia. La resolución está en un modelo de autoridad que se fortalece con las nuevas condiciones.

La modernidad crea las premisas psíquicas y sociales para una nueva estructuración de la orientación personal, la cual ya no se vincula tan directamente al marco familiar. Esto implica una elaboración más compleja del duelo de separación durante la adolescencia y por lo tanto emergen formas de eludirla, como las que señalamos a continuación.

Rodulfo (2000) ha identificado como uno de los fenómenos frecuentes en la adolescencia contemporánea, lo que ha denominado *la emancipación apresurada*. Esta se apoya en el hecho que, en el contexto de los cambios actuales, la velocidad se ha vuelto un valor indiscriminado. Sin embargo ' crecer lleva su tiempo ' es importante. Hemos visto en nuestra experiencia clínica que saltarse etapas puede ser equivalente a una formación reactiva el temor de profundizar las transformaciones, lo que se apoya en la idealización de la velocidad en la cultura actual y en un empoderamiento incongruente.

Otro fenómeno señalado por Rodulfo es una creciente *dependencia familiar* en la etapa juvenil. Así como se encuentra el apresuramiento existencial que conspira contra el desarrollo de decisiones bien fundamentadas y afecta la expresión de los aspectos vocacionales, se destaca también el problema de la actual prolongación de la dependencia familiar.

La emergencia de los procesos adolescentes no solo modifica la interacción entre los padres y los hijos. El subsistema de los hermanos también se ve afectado tanto por las nuevas relaciones con la persona adolescente, como por la atención hacia los nuevos comportamientos que brindan las figuras parentales. Para el desarrollo adolescente es favorable que se mantengan las alianzas generacionales que permiten la diferenciación de los roles y las necesidades de padres e hijos en la solución de problemas.

Los adolescentes que se han desarrollado en familias capaces de entregar afecto, regulación congruente con las expectativas y con respeto mutuo, apertura y estímulo a logros con nuevas respuestas constructivas, cuentan con mejores condiciones para alcanzar una

identidad integradora, salud mental y buenas relaciones intergeneracionales y capacidades pro-sociales.

Sin embargo no puede decirse que se trata de una relación lineal causa-efecto. Para muchos niños que se han desarrollado en una familia disfuncional, la adolescencia es la primera oportunidad en el ciclo vital para replantearse las relaciones y pueden aprovechar sus nuevos recursos cognitivos, sociales ,etc. para conducir su desarrollo hacia nuevos logros y encontrar nuevos espacios que les permitan consolidar actitudes resilientes(Wollin y Wollin, 1993) .

Por otro lado, la patología adolescente en los hogares afecta las interacciones del grupo familiar. El hijo enfermo con sus síntomas y desajustes puede estar denunciando una disfunción familiar encubierta, o por lo contrario, contribuir con su enfermedad a que problemas existentes entre los padres no se hagan evidentes, garantizando así la "estabilidad" familiar alrededor de su cuidado.

Los síntomas de la enfermedad del adolescente, adquieren en ocasiones tal poder, que distorsionan todas las relaciones al no producirse la debida diferenciación de las necesidades de todos los miembros de la familia. Frente a las patologías idiosincráticas de un adolescente, todo el sistema familiar debe hacer adaptaciones y cambios, que -en el peor de los casos-pueden patologizar el sistema o -en la mejor opción-organizar la preservación del desarrollo posible de todos los miembros.

Diversas conductas son manifestaciones del problema. El abierto desinterés por los estudios ,los comportamientos pseudo adultos que no se afirman en logros sustentables, las metas fantaseadas que compensan transitoriamente la carencia de un horizonte cercano que de sentido positivo a su vida,el rechazo a recorrer las etapas previas para llegar a una meta, la necesidad de ver ganancias y resultados inmediatos, la dificultad para soportar las incertidumbres propias de la elaboración de la identidad, la pugna entre la autoridad de los padres y la afirmación del poder juvenil de decisión. Agréguese la profunda sensación de devaluación, desesperanza y cólera que pueden aflorar cuando se trata de una franca exclusión socioeconómica.

Durante la adolescencia el comportamiento fuera de control vinculado a los acting out es frecuente. Los llamados "acting out" son conductas disruptivas que expresan en actuaciones los conflictos y los evidencian simbólicamente. A pesar de que agudizan los problemas en lugar de resolverlos, cumplen, en este período, con la función de

restaurar un sentido de realidad manifestando y explorando desesperadamente sus necesidades (Bloss, 1981). Muchas veces las fugas, los intentos de suicidio, los cortes en el cuerpo, los descensos bruscos en el rendimiento escolar, entre otras manifestaciones, pertenecen a este tipo de actuaciones. Por ello es importante analizar el tejido de relaciones en que emergen, descifrar las manifestaciones, las llamadas de auxilio, protesta o denuncia para generar las condiciones hacia la construcción de la solución.

La familia como ámbito de desarrollo integral se vincula directamente con la posibilidad de sentir protección psicológica ante límites que establecen controles graduados de acuerdo a capacidades y riesgos, el fomento de la autonomía y las destrezas. Este ámbito provee de sentimientos de pertenencia e identidad para sus miembros y permite en los hijos e hijas adolescentes efectuar el pasaje del status dependiente (derivado de la pertenencia a la familia), al status primario (derivado de sus propios logros y características personales y sociales).

El logro de este propósito se cumple cuando los miembros adultos del sistema desarrollan un modelo de autoridad que podemos llamar *capacitante*. Esto es, los hijos e hijas adolescentes cuentan con figuras parentales que desde la asimetría adulto-joven, reconocen sus posibilidades de avance y les proveen de los elementos que favorecerán este desarrollo. Así reciben un apoyo que se traduce en la asistencia para encontrar la resolución de problemas (no la imposición de las soluciones), cuentan con la seguridad emocional que se construye al estar cierto de ser aceptado establemente con las limitaciones, discrepancias, talentos y dudas y busca promover las formas de vida que mejor calidad le provean.

Tales condiciones no se dan en la familia violenta. Esta atenta contra la seguridad y los límites personales de uno o varios de sus miembros. Se encuentra aquí el abuso sexual y el maltrato a los hijos .

Las fronteras a impulsos y actitudes son necesarias para que uno o varios miembros de la familia no satisfagan sus ansiedades, demandas a través del poder que autoriza el descontrol y la trasgresión.

Una modalidad algo diferente es la que podemos llamar la *familia propietaria*, que considera que los hijos son fundamentalmente una propiedad sobre cuyos destinos se pueden tomar todo tipo de decisiones, independientemente si favorecen sus derechos y calidad de

vida. Es imprescindible garantizar la seguridad e impedir la destrucción física, psicológica y social de los otros miembros para preservar la oportunidad de que todos experimenten el hogar como el espacio que brinda refugio, nutrición afectiva y estímulos para la afirmación vital.

Por último, queremos referirnos en este apartado a *los hijos parentalizados*, que cumplen al interior de las familias las funciones de cuidado y protección a padres y hermanos. Frecuentemente, en razón de los roles míticos parentales (mantienen el poder y no la función), estos hijos, pese a cumplir un papel que a menudo excede sus fuerzas, tienen una inconsistencia de status tanto al interior del hogar como fuera (tienen altas demandas y bajo empoderamiento). Son considerados dependientes y no se legitiman congruentemente sus decisiones y aportes. Lo que hace muy inequitativa y perturbadora su situación y deja frecuentemente secuelas en su desarrollo (Krauskopf, 1995).

Consideraciones finales

Hemos hecho un recorrido por diversos hitos que consideramos claves en los procesos de la adolescencia. No ha sido nuestro propósito hacer un análisis exhaustivo, sino más bien abrir perspectivas para futuros desarrollos que permitan, cada vez más, aproximarnos a los adolescentes hombres y mujeres y sus familias, con empatía y validarnos como interlocutores constructivos.

Es conveniente la existencia de un nivel preventivo que enfoque los problemas que tienen las familias al transitar de la tradición a la modernidad. La creación de espacios de encuentro y reflexión a los que se incorporen adolescentes y adultos, el fomento de redes de padres para resolver las circunstancias que los afectan, pueden contribuir a la solución de problemas y la construcción de los diversos ámbitos que completan la experiencia del proceso adolescente en los tiempos actuales.

La adolescencia, período en que emergen nuevas vivencias y búsquedas, encuentra un debilitamiento de las estructuras que podrían contener estos procesos y brindar canales a sus demandas y experiencias. Tales condiciones suelen dar paso a conflictivas realidades para el desarrollo. Avanzar en su comprensión y en la construcción de modalidades de interacción constructiva es abrir el horizonte de respuestas que los tiempos demandan.

Bibliografía

- Aberastury, A. (1971) Adolescencia. En Adolescencia. Aberastury et. al Ediciones Kargieman. Buenos Aires.
- Allport, G. (1968) La Personalidad. Editorial Herder. Barcelona. España.
- Ausubel, D. (1954) Theory and Problems of Adolescent Development. Grune and Stration. New York.
- Arce, L. (1994) Las Familias Mixtas. Presentación ante la Asociación Costarricense de Psicoterapia. San José.
- Blos, P. (1981) La Transición Adolescente. Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Bowen, M. (1991) De la Familia al Individuo. La diferenciación del sí mismo del sistema familiar. Paidós. Buenos Aires.
- Durston, J. (1995). El Enfoque Etario y la Incorporación de los Jóvenes en el Desarrollo Rural. Presentación a la Consulta Interamericana sobre Desarrollo Rural. IICA y la Fundación Kellogg.
- Erdheim, M.A. (1992) Sobre la Desritualización de la Adolescencia por la Aceleración del Cambio Cultural. Documento, Goethe Institut. San José
- Erikson, E. (1974) Identidad, Juventud y Crisis. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- Krauskopf, D. (2003) Proyectos, Incertidumbre y Futuro. Archivos Argentinos de Pediatría, 101(6)
- Krauskopf, D. (2003) Participación Social y Desarrollo en la Adolescencia. Tercera Edición. Fondo de Población de Naciones Unidas. San José, Costa Rica.
- Krauskopf, D. (1998) Las Adolescentes: Nuevos enfoques y Perspectivas. Consejo de Integración Social. Unión Europea. Managua. Nicaragua.

- Krauskopf, D. (1995). Familia y Adolescencia. En Adolescencia y Juventud. Aportes para una Discusión. Rojas y Donas.O.P.S. San José. Costa Rica
- Krauskopf, D. (1994) Adolescencia y Educación. Segunda Edición. EUNED, San José.
- Margulis, M. y Urresti, M. (1996). *La Juventud no es más que una Palabra* en La Juventud no es más que una Palabra. Margulis, M editor. Editorial Biblos. Buenos Aires.
- Millstein, S.C., Petersen A.C., Nigthingale, E.O. (1993). The health of Adolescents. New Directions for the Twenty-First Century. Oxford University. New York.
- Montenegro, H. La familia contemporánea (1997). Conferencia. XI Congreso Latinoamericano de Psiquiatría de la Infancia, la Adolescencia y la Familia. Santiago de Chile.
- Offer, D., Ostrov, E., Howard, K.I., Atkinson, R. (1990). *Normality and Adolescence*. En: Adolescence, Normality. Psychiatric Clinics of North America. Vol. 13, No 3.
- Papanek, E. (1967) *Manejo de la Actuación en los Adolescentes*. En Teoría y Clínica de la actuación, Abt y Weissman. Paidós. Buenos Aires.
- Rodulfo, R. Riesgos y Beneficios de la Prolongación de la Adolescencia. Diario El Clarín. 30 de Julio, 2000. <http://www.clarin.com> .diario. Buenos Aires.
- Rutter, M. (1992) *Resilience: Some Conceptual Considerations*. Presentado a la Conferencia sobre Cambio Social y Desarrollo en la Adolescencia: Un foco sobre las Américas. Oficina Panamericana de la Salud. Washington.
- Stevens-Long, J. & Cobb, N. (1993) Adolescence and Early Adulthood. Mayfield, Palo Alto, California
- Wollin, S. J. & Wollin, S. (1993). The Resilient Self. Villard Books. New York.